

innumerables infamias y resolvió poner un remedio radical, nombrando una nueva audiencia y mandando someter á juicio á la anterior. Al efecto, se nombró en definitiva como Presidente á Don Antonio de Mendoza y mientras éste realizaba su viaje, se designó como interino al Ilustrísimo Señor Don Sebastián Ramírez, Obispo de Santo Domingo; y en calidad de oidores á Don Vasco de Quiroga á D. Alonso Maldonado, á Don Francisco Ceyjos y á Don Juan de Salmerón.

A la sazón, Don Hernando Cortés que estaba en España con el fin de contestar á las acusaciones que le habían hecho sus enemigos y de arreglar sus negocios particulares, había logrado obtener el título de Marqués del Valle y el nombramiento de Capitán General de la Nueva España.

Instalada la nueva audiencia y auxiliada eficazmente por Cortés, la situación política y social de México, tuvo un completo cambio y en consecuencia el Señor Zumárraga pudo ocuparse con toda tranquilidad en las atenciones de su elevado ministerio. Estaba escrito, sin embargo, que la tranquilidad del venerable Prelado no había de ser duradera, pues al llegar el Presidente Fuenleal y los procuradores, le entregaron una real cédula en que se le ordenaba que, dejando todo, se presentara inmediatamente en la Corte. ¡Qué decepción para un hombre que todo lo había sacrificado al cumplimiento de su deber! Se dijo que el llamamiento al Señor Zumárraga era con el fin de que informara sobre el estado de los negocios en la Nueva España y que á la vez verificara su consagración; pero esto no era la verdad, puesto que los términos de la real cédula no eran los más favorables para el Prelado. Este comprendiendo que debía tratarse de algunas intrigas de sus enemigos, con la tranquilidad que inspira una conciencia pura, se puso á disponer su viaje.

Por esta época tuvo lugar un acontecimiento grandioso y cuya historia narraré suscintamente, por ser sumamente conocida hasta en sus menores detalles.

Ni el Señor García Icazbalceta ni el Señor Sosa que son los biógrafos más modernos del Señor Zumárraga, hablan de ese acontecimiento. ¿Habrán tenido temor de ocupar los caracteres de la historia en ese hecho prodigioso? Quien sabe. Yo respeto su silencio, pero no lo guardaré, tratándose de la página más gloriosa para el humilde religioso y para la Historia de México.

Ya se comprenderá que me refiero á la maravillosa aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe cuyo hecho ha sido comprobado no sólo por la tradición, sino por innumerables documentos.

Para hacer un extracto del repetido acontecimiento, me valdré de la obra que con tanta erudición y acopio de dotes, escribió el Ilustrísimo Señor Vera, primer Obispo de Cuernavaca.

En el pueblo de Tolpetlac ó Tulpetlac distante unas seis millas de la Capital, vivía un indígena recién convertido al catolicismo, pero cuya religión abrazó con verdadera fe y convicción. Habitaba en choza humilde en unión de su consorte, y en el mismo pueblo vivían algunos otros parientes del referido indígena, todos oriundos del pueblo de Cuautitlán, y que hacía varios años se habían avecindado en Tulpetlac.

Juan Diego, que así se llamaba el natural que nos ocupa, acostumbraba venir á México los sábados y es lógico que también los domingos, con el fin de oír misa y recibir las lecciones de doctrina cristiana que daban en Santiago Tlalotelco, los padres franciscanos.

El sábado 9 de Diciembre de 1531, poco antes de la salida del sol, Juan Die-

go pasaba junto á la falda del cerro del Tepeyac que es el más avanzado de los que se levantan al Norte de la ciudad de México y á una legua de distancia.

De pronto escuchó en dirección á la eminencia del cerro un conjunto de armonías tan dulces y tan desconocidas para él, que suspendió atónito su marcha y dirigiendo la mirada hacia el sitio donde sonaba la música, vió cerca de sí á una hermosísima joven en cuyo rostro se notaba un color semejante al de las hijas del país, aunque á sus mejillas coloreaba ligerísimo tinte de la rosa. Un brillante resplandor de luz, circundaba el cuerpo de la divina joven y los colores del iris formábanle dilatado docel.

Juan Diego quedóse abismado y acaso, su primer pensamiento fué huir, cuando escuchó la voz de aquel sér extraordinario que le dijo: que nada temiera, que era la madre de Jesús y que deseaba que en ese lugar se le edificara un templo: que fuera á decírselo así al señor Obispo y volviera trayéndole la respuesta.

Partió Juan Diego gustosísimo á cumplir su comisión, sin costarle dificultad hablar con el Señor Zumárraga, que tratándose de los indios, los recibía siempre con la mayor complacencia. Oyó con extraordinaria admiración el relato que le hizo Juan Diego y considerando que se trataba de un hecho en realidad grandioso, incomparable, quiso meditar acerca de él y sobre todo cerciorarse de la verdad; al efecto, aplazó al enviado para que volviera más tarde á saber lo que el prelado resolviera. Regresó Juan Diego al Tepeyac y encontró á la Santísima Virgen en el mismo sitio en que la había dejado; le dió cuenta del resultado de su comisión y le indicó la idea de que otra persona caracterizada fuera á hablar con el Obispo, pues él por la humildad de su condición no era propósito para tan elevado encargo. Pero la celestial Señora le ordena que vuelva al día siguiente por la contestación y así lo verifica Juan Diego. El Señor Zumárraga, oyó con mucha mayor atención al enviado, lo sujetó á un minucioso examen y por último le dijo que suplicara á la Señora, que lo mandaba, le diera alguna seña, por la que pudiera comprobarse que era la madre del Dios verdadero; además ordenó secretamente el prelado que dos criados de la casa episcopal, de toda confianza, siguieran al indígena para observar lo que hacía.

Inútil fué este recurso del prelado, pues cuando el indígena llegaba al cerro del Tepeyac, desapareció á la vista de sus observadores, quienes cansados de buscarlo inútilmente, se regresaron á dar parte de lo ocurrido al Señor Zumárraga, diciéndole que indudablemente se trataba de un iluso embaucador que debía castigarse por su ficción.

Entre tanto, Juan Diego llegó á la cumbre del cerro, donde encontró á la Virgen María, que después de oír la relación de aquél, le ordenó volviera al día siguiente, para darle las pruebas que se le habían pedido. Pero sucedió que al llegar Juan Diego á su casa se encontró enfermo de fiebre á su tío y padre adoptivo Diego Bernardino, por lo que tuvo que ocuparse el día 11 en que el enfermo se curara, y no le fué posible concurrir para llevar las señales que le ofreció la Virgen María. En la noche del 11 al 12, el enfermo se agravó de tal manera, que pidió se le ministraran los últimos sacramentos; para este fin, Juan Diego se puso en camino antes de rayar el alba, con rumbo á Santiago Tlalotelco, en busca de un religioso, más recordando que la víspera no había concurrido al sitio y teniendo en cuenta que si encontraba á la Santísima Virgen lo detendría, con riesgo de que su tío muriera sin los auxilios, en lugar de faldear el cerro por el lado del Poniente como lo practicaba siempre, lo hizo por el lado Oriente. Pasaba Juan, precisamente

por el sitio en que hoy está la Capilla del Pocito, cuando vió que se le acercaba la Virgen María, ante la cual se postró, disculpándose con los motivos que tuvo por no haber concurrido la víspera. La Madre de Dios le aseguró que en esos momentos ya su tío estaba sano y le ordenó que subiera á la cumbre del cerro donde encontraría un rosal; que cortáse unas flores y se las llevara. Lo hizo así Juan Diego, y volvió á donde estaba la Santísima Virgen, con cuantas flores cupieron en su tilma. La misma Reina del Cielo con sus divinas manos acomodó las flores en el humilde abrigo del indio, y luego ordenó que se las llevara al Señor Obispo.

Sumo trabajo y constancia tuvo Juan Diego esta vez para hablar al Señor Zumárraga, sin duda por los sucesos de la antevíspera, es decir, por su misteriosa desaparición cerca del cerro del Tepeyac. Sin embargo, á fuerza de súplicas, llegó á la presencia del Obispo á quien le dijo que llevaba las pruebas que le había pedido y al extender la tilma para mostrar las flores, cayeron estas al suelo quedando en la tela, grabada la dulcísima imagen que veneramos,

Y rara coincidencia: en 12 de Diciembre de 1527, había sido presentado el Señor Zumárraga para primer Obispo de México, y en igual fecha de 1531 caía de hinojos ante la augusta Madre de los Mexicanos, y era el primero en tributarle la adoración que merece la que con tanto amor intercede por los pecadores.

Antes de concluir esta ligerísima reseña, debo llamar la atención de los lectores que guarden algún escrúpulo concerniente á la realidad de la aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe, acerca de una circunstancia que deja el hecho fuera de duda. Ya hemos visto en las páginas anteriores, que todo el personal que formaba el Gobierno de la Nueva España odiaba de muerte al Señor Zumárraga, por su decidida protección á los indios; que, además, según puede verse en la repetida obra del Señor García Icazbalceta, los mismos frailes dominicos que ya existían en gran número eran sus enemigos, porque estaban unidos con los gobernantes; pues bien, si tanto estos como los otros no sólo formaban acusaciones contra el Señor Zumárraga por hechos lícitos, sino que apelaban á la calumnia, para aumentarlos, ¿Cómo hubieran explotado una superchería inventada, para alucinar á los creyentes? ¿Cuántos epítetos hubieran lanzado para difamar al venerable anciano? ¡Oh! Sus gritos hubieran llegado á Roma y al Santo Oficio y quien sabe como hubieran terminado los días del Señor Zumárraga; pero, no: aquellos, callaron, porque el caso había sido público y no tuvieron pruebas para justificar lo contrario.

Narrado, aunque de la manera más breve un episodio que por su grandiosísima importancia, no debía pasar en silencio, sigamos las huellas de nuestro biografiado.

El Señor Zumárraga partió de México rumbo á España en Mayo de 1532 llegando á la Península á fines de Octubre ó principios de Noviembre del mismo año. Allí se encontró de nuevo con su feroz enemigo Delgadillo, que en unión de Matienzo, había sido mandado á España como una de las consecuencias de la causa que se les formó.

Delgadillo empleó cuantos medios estuvieron á su alcance para desacreditar y difamar al ilustre prelado; llegando en su audacia hasta presentar al consejo de Indias formal acusación, formulándole treinta y cuatro cargos. El Señor Zumárraga contestó de una manera tan cumplida como triunfal esos cargos, y poco tiempo después consagraba su atención á recojer sus bulas, preparar su consa-

gración y lograr para sus indios protegidos, cuantos beneficios en todos los órdenes fueron posibles.

El domingo 27 de Abril de 1533, el Ilustrísimo Señor Obispo de Segovia Don Diego de Rivera, consagró solemnemente en el convento de San Francisco de Valladolid, á nuestro primer prelado, quien, desde luego, comenzó á hacer sus preparativos para regresar á México; preparativos en que empleó algún tiempo á causa de que el Señor Zumárraga deseaba alcanzar, como alcanzó de la corte, medidas benéficas en favor de sus protegidos, y porque pretendía traerse un buen número de religiosos, lo que no logró sin que se sepa el motivo; en cambio, trajo en tres buques y á su costa, muchos artesanos con sus familias y á seis beatas destinadas á la enseñanza de las niñas indias.

No se sabe á punto fijo la fecha en que arribó á México el Señor Zumárraga; pero según cálculos del Señor García Icazbalceta, salió de España en Junio y llegó á México en Octubre de 1534.

Ya bajo el abrigo de un gobierno sabio y justo, comenzó el Señor Zumárraga á ocuparse exclusivamente en la organización de la Iglesia y en la protección de la raza indígena que fué su constante anhelo.

Uno de sus primeros cuidados fué la instrucción de la clase humilde del pueblo, instrucción que personalmente daba todos los días, en un lugar destinado exclusivamente para ese objeto, en la primitiva catedral.

Hizo edificar el hospital de San Cosme y San Damián, donde con mucha frecuencia visitaba á los enfermos á quienes curaba con sus propias manos.

Estableció en Veracruz otro hospital que puso bajo la guarda y dirección del padre Fray Juan de Paredes. Por último, fundó también por el año de 1544, el colegio de Santiago Tlaltelolco, donde recibieron educación millares de niños indígenas, para quienes el Señor Zumárraga era padre verdaderamente tierno y amoroso.

La caridad de este Prelado no conoció límites, habiendo llegado la vez en que no teniendo otra cosa que dar á un indio que le pedía limosna, le regaló el pañuelo con que se limpiaba el rostro.

A la influencia y trabajos del Señor Zumárraga se debió que la Junta de prelados reunida en el año de 1546, en el convento de San Francisco, según el Señor Lorenzana, declarara *por ningún título era lícita la esclavitud de los indios y que los que hasta entonces habían sido esclavos se ahorraran.*

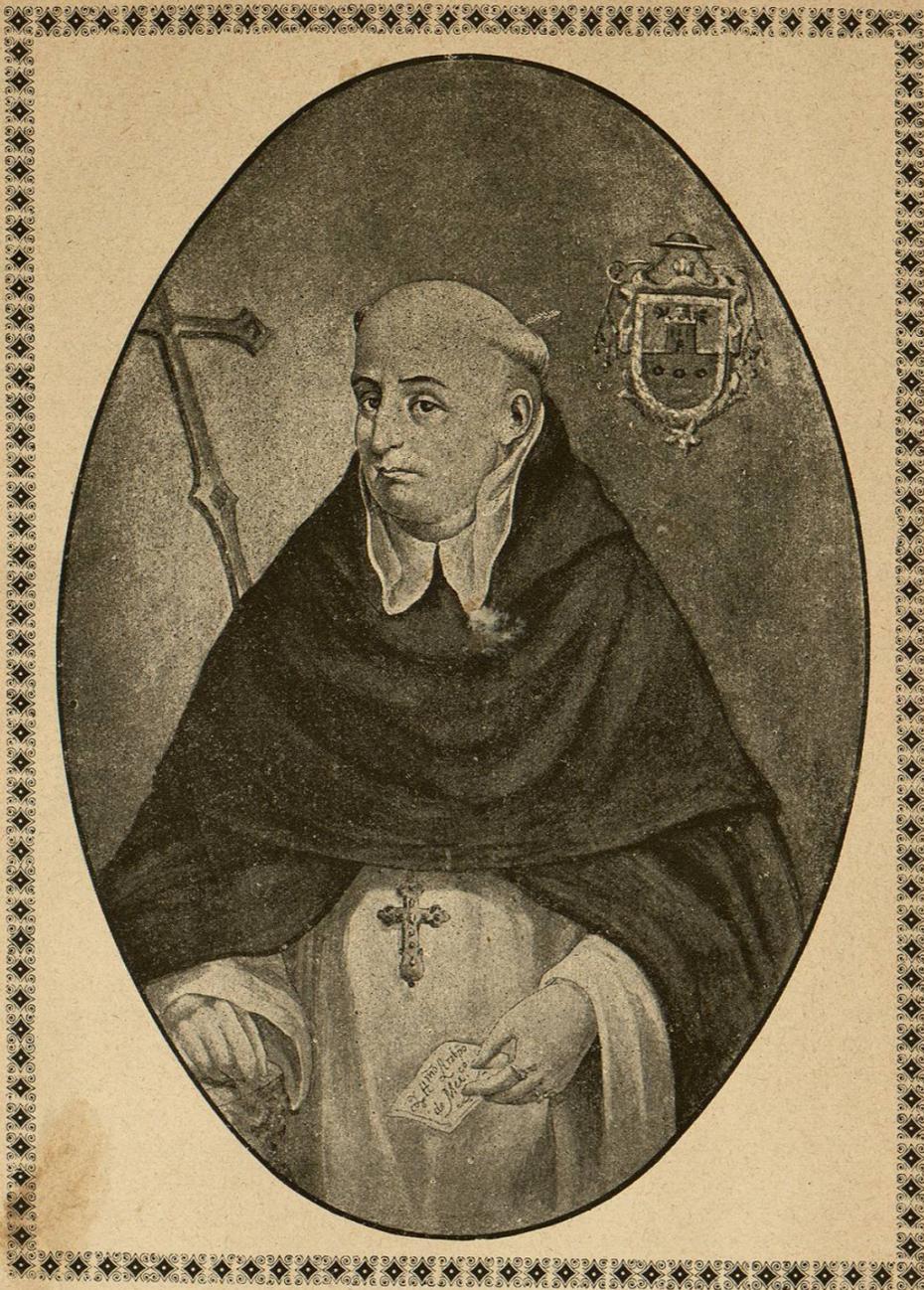
En el mismo año de 1545, y á instancias del emperador D. Carlos V, su Santidad Paulo III en consistorio secreto, celebrado el 11 de Febrero, separó la Iglesia de México elevándola á la categoría de Metropolitana y dándole por sufragáneas las Diócesis de Oaxaca, Michoacán, Tlaxcala, Guatemala y Chiapas y nombró por primer arzobispo al mismo Señor Zumárraga, cuya bula del palio no llegó á recibir el agraciado, por habersele remitido hasta el 8 de Julio de 1548.

Encontrábase el Prelado en el pueblo de Ocuítuco, administrando la confirmación, cuando recibió la noticia de aquella promoción inesperada que lo llenó de sobresalto, porque se creía indigno de esa superior dignidad. Por esto se vino desde luego á México, donde consultó con los más sabios religiosos si debía aceptar tan para él pesado cargo. Con excepción de dos, todos le aconsejaron la aceptación. Resolvió, por último, consultar sus dudas con el padre Betanzos, su confesor é íntimo amigo, y que á la sazón residía en el convento de Tepetlaoxtoc, pa-

ra donde se dirigió el Señor Zumárraga en la noche del 20 al 21 de Mayo. Durante los cuatro días en que tuvo conferencias con su mejor amigo, confirmó á catorce mil quinientos indios. Este excesivo trabajo en la avanzada edad del prelado exacerbó de tal manera la enfermedad urinaria de que adolecía, que el día 24 del referido mes, fué preciso traerlo á México, viniendo en su compañía el padre Betanzos, que le había prometido no abandonarlo en la hora postrimera.

Como todo hombre verdaderamente justo, comprendió el Señor Zumárraga que su fin estaba muy próximo, por lo que al llegar, ya sólo se ocupó en prepararse para el eterno viaje. Escribió al Emperador una tiernísima carta de despedida, hizo testamento ordenando que de sus escasísimos bienes entrara en posesión su mayordomo, en abono de lo mucho que le debía por suplementos, rogándole á la vez le perdonara lo que le saliera debiendo; y después de recibir los últimos sacramentos y pronunciando las últimas palabras que el Salvador dijera en los momentos supremos en que partía de este mundo: "Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu," falleció á las nueve de la mañana del día 3 de Junio de 1548, de más de 80 años de edad. Sus restos fueron sepultados en la primitiva Catedral y hoy se encuentran en la capilla de San Pedro, adonde fueron definitivamente trasladados á moción del Ilustrísimo Señor Don Joaquín Fernández Madrid.

He concretado hasta donde me ha sido posible, atentas las dimensiones de este libro, las noticias referentes á la vida del Señor Zumárraga; quien desee conocer la biografía de este insigne *padre de los indios*, debe consultar la obra del Sr. García Icazbalceta, que además de su extensión, está preciosamente documentada.



El Ilustrísimo Sr. D. Fray Alonso de Montufar,

Natural de la ciudad de Loja. Presentado en el año de 1551. Perfeccionó con grande amor y esmero la ermita de Ntra. Señora de Guadalupe. Falleció en 7 de Marzo de 1569, á los 80 de su edad, está sepultado en el Real Convento de N. P. Santo Domingo de esta ciudad.